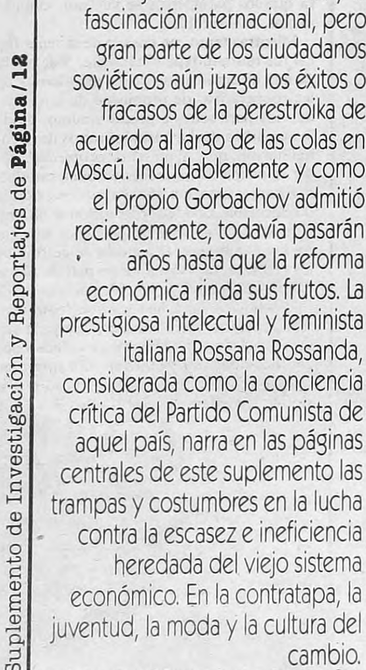
ETC.

FOTO: Henri Cartier-Bresson



El gigantesco proceso de reformas encarado por Mijail Gorbachov en la URSS acapara con justa razón el interés y la fascinación internacional, pero gran parte de los ciudadanos soviéticos aún juzga los éxitos o fracasos de la perestroika de acuerdo al largo de las colas en Moscú. Indudablemente y como el propio Gorbachov admitió recientemente, todavía pasarán años hasta que la reforma económica rinda sus frutos. La prestigiosa intelectual y feminista italiana Rossana Rossanda, considerada como la conciencia crítica del Partido Comunista de aquel país, narra en las páginas centrales de este suplemento las trampas y costumbres en la lucha contra la escasez e ineficiencia heredada del viejo sistema económico. En la contratapa, la juventud, la moda y la cultura del cambio.

VIVIR EN MOSCU

VIVIR EN MOSCU

Por Rossana Rossanda

Las diferencias económicas marcan los diferentes estilos de vida en la Unión Soviética. Comencemos por los sueldos. Mi experiencia de dos semanas en Moscú está ligada al círculo privilegiado de los periodistas acreditados en la decimonovena conferencia del PCUS (a pesar de que en otros tiempos tenía un estigma, como consecuencia de no haber sido admitida anteriormente en la URSS y de haber sido virulentamente atacada, mucho más allá de mi modesta importancia, durante el periodo brezhneviano). En este caso, nosotros teníamos dinero y fuimos autorizados a gastarlo en los negocios, donde se encuentra de todo, desde la carne hasta el caviar y las pieles.

Los corresponsales extranjeros en Moscú estaban hasta ayer tolerablemente aburridos, pero su aburrimiento era pagado, según lo que he visto por mis compatriotas italianos, con 6 a 10 millones de liras mensuales (entre 6 y 10.000 dólares), aparte de alojamiento, automóvil, teléfono, etcétera. Al valer un rublo igual que un dólar, florece el mercado negro, donde por un dólar se obtienen de tres a cuatro rublos. Quien tiene acceso a la moneda convertible vive bien, consigue localidades en el teatro y logra con mayor facilidad salir del radio permitido de 40 kilómetros de Moscú. Si es un extranjero, generalmente separa parte del sueldo para comprarse una casa en su país de origen, algo que con igual cantidad un corresponsal en Washington no puede hacer cómodamente.

¿Quiénes, entre los no extranjeros, tienen acceso a la moneda convertible? Muchos funcionarios del partido y del Estado, lo que con frecuencia se superpone, representantes de las empresas que tratan con el exterior, intelectuales, literatos o científicos que son invitados o tienen contacto con el exterior.

Quien tiene moneda convertible compra también en el mercado libre con rublos cambiados en negro. El mercado libre es comúnmente un pabellón estilo *liberty*. En Moscú, el *liberty* es a menudo bellísimo, y allí, bajo el mismo techo, coexisten vendedores estatales y privados. Los privados arriendan su sector por ocho rublos. Hace unos domingos, en el mercado de legumbres, había sobre los mostradores del Estado tomates bastante caros, a dos rublos y medio; coles, pepinos, y punto. El resto era en conserva. En los mostradores privados había montañas de damascos, los primeros duraznos y miel, fresas, frambuesas, arándanos, así como una fiesta de verduras frescas y olorosas. Por tres kilos de damascos, una sandía, cinco pepinos, dos manojos de ensalada, dos kilos de papas frescas y seis berenjenas he pagado el equivalente a 100 dólares regateando salvajemente a través de mi atónito intérprete.

Compras, dinero

¿Quién compraba a mi lado? Extranjeros y rusos. Interrogué a varias personas sobre sus ingresos. El más bajo era el de una pensionista, ex secretaria de Togliatti en la Internacional y después 20 años de *gulag*, 90 rublos al mes. Vive, evidentemente, de aquello que le procuran los amigos.

El ingreso medio es de 150 rublos, el oficial, o poco más. He hablado con dos mujeres que declaraban alrededor de 200. Ambas me describieron así el coste normal de la vida: alquiler, de 10 a 15 rublos mensuales para unos 30 metros cuadrados (más cocina, corredores y servicios); alrededor de 8 rublos para luz, gas, teléfono; cerca de 180 rublos para comer tres personas. Por consiguiente, es preciso un segundo sueldo para llegar a fin de mes y comprarse ropa y zapatos (sandalias, 30 rublos; zapatos de invierno 7080 rublos). En este balance hay que incluir alimentarse en el mercado libre un par de veces al mes si faltan tomates o papas en el mercado del Estado.

Existe, sin embargo, un tercer mercado, administrativo, para quienes trabajan en complejos lo suficientemente grandes, donde los precios son los estatales, pero el abastecimiento es mayor; las mujeres de los científicos encuentran el esturión en la tienda de la Academia.

El ingreso medio está, en la mayor parte de los casos, acompañado de un segundo trabajo si no negro, gris: reparaciones o similares si es que se dispone del material adecuado. En el comercio son pocos los comunistas que no reciben propinas para facilitar que uno consiga esto o aquello en el abastecimiento: la mayor parte son digamos que muy dúctiles, avisan cuando llega algo y se forman colas en cualquier calle. Es frecuente que lleguen sin aviso previo zapatos, frigoríficos, material eléctrico o muebles, en cantidad inferior a las necesidades, y es importante arrebatarlos en el acto. Luego está el trabajo privado, que también es legal e ilegal. Los taxis públicos regatean el precio hasta al menos tres veces más; si no, no te llevan. Muchas veces piden, ante los hoteles y bajo la mirada de la policía, moneda convertible.

Comer afuera

Los nuevos restaurantes privados están atestados, sirven a la luz de las velas y con ruidosos violines. En uno, hemos pagado por un entremés frío y fruta, sin vino, 300 dólares por cabeza, el doble que en Roma. Las clases sociales y la vida cotidiana se componen de este tipo de niveles, entre legales e ilegales; el cuadro es variado pero compartimentado. Estadísticamente ilegible, como bien saben economistas y sociólogos. Así sucede que, a lo *kommunist*, se hable del mercado como de un instrumento de relativa transparencia y unificación. O que el incentivo origine salarios muy distintos, por *mérito*, pero que después baste con los circuitos cerrados de compra y, paradójicamente, con un estímulo a la igualación de criterios respecto de una perversión del sistema para que los parámetros se vuelvan, cuando menos, mensurables.

Mientras tanto, un ensayo de sistema fiscal fue retirado repentinamente. Y se habla de una diversificación de los alquileres y de las cooperativas de propiedad de la vivienda, hoy para todos a precio mínimo, desde la magnífica dacha hasta los restos de la cohabitación, que, al no ser *de propiedad*, nadie se ocupa de mantener en buen estado.

Estamos ante una doble o triple economía no calculable, donde la corrupción se ha convertido, no sólo entre los pequeños sino entre los grandes, en el método de gestión de los recursos, escasos, ante un país de fuerte diversificación del ingreso. La propuesta de Gorbachov conlleva una *glasnost*, bajo control popular a varios niveles, que hace saltar todas las actuales bisagras e induce a una conflictividad que pronto se verá surgir entre los grandes intereses perjudicados y el simple ciudadano.





VIVIR EN MOSCU

Por Rossana Rossanda

Las diferencias económicas marcan los diferentes estilos de vida en la Unión Soviética. Comencemos por los sueldos. Mi experiencia de dos semanas en Moscú está ligada al círculo privilegiado de los periodistas acreditados en la decimonovena conferencia del PCUS (a pesar de que en otros tiempos tenía un estigma, como consecuencia de no haber sido admitida anteriormente en la URSS y de haber sido virulentamente atacada, mucho más allá de mi modesta importancia, durante el período brezhneviano). En este caso, nosotros teníamos dinero y fuimos autorizados a gastarlo en los negocios, donde se encuentra de todo, desde la carne hasta el caviar y las pieles.

Los corresponsales extranjeros en Moscú estaban hasta ayer tolerablemente aburridos, pero su aburrimiento era pagado, según lo que he visto por mis compatriotas italianos, con 6 a 10 millones de liras mensuales (entre 6 y 10.000 dólares), aparte de alojamiento, automóvil, teléfono, etcétera. Al valer un rublo igual que un dólar, florece el mercado negro, donde por un dólar se obtienen de tres a cuatro rublos. Quien tiene acceso a la moneda convertible vive bien, consigue localidades en el teatro y logra con mayor facilidad salir del radio permitido de 40 kilómetros de Moscú. Si es un extranjero, generalmente separa parte del sueldo para comprarse una casa en su país de origen, algo que con igual cantidad un corresponsal en Washington no puede hacer cómodamente.

¿Quiénes, entre los no extranjeros, tienen acceso a la moneda convertible? Muchos funcionarios del partido y del Estado, lo que con frecuencia se superpone, representantes de las empresas que tratan con el exterior, intelectuales, literatos o científicos que son invitados o tienen contacto con el exterior.

Quien tiene moneda convertible compra también en el mercado libre con rublos cambiados en negro. El mercado libre es comúnmente un pabellón estilo *liberty*. En Moscú, el *liberty* es a menudo bellísimo, y allí, bajo el mismo techo, coexisten vendedores estatales y privados. Los privados arriendan su sector por ocho rublos. Hace unos domingos, en el mercado de legumbres, había sobre los mostradores del Estado tomates bastante caros, a dos rublos y medio; coles, pepinos, y punto. El resto era en conserva. En los mostradores privados había montañas de damascos, los primeros duraznos y miel, fresas, frambuesas, arándanos, así como una fiesta de verduras frescas y olorosas. Por tres kilos de damascos, una sandía, cinco pepinos, dos manojos de ensalada, dos kilos de papas frescas y seis berenjenas he pagado el equivalente a 100 dólares regateando salvajemente a través de mi atónito intérprete.

Compras, dinero

¿Quién compraba a mi lado? Extranjeros y rusos. Interrogué a varias personas sobre sus ingresos. El más bajo era el de una pensionista, ex secretaria de Togliatti en la Internacional y después 20 años de *gulag*, 90 rublos al mes. Vive, evidentemente, de aquello que le procuran los amigos.

El ingreso medio es de 150 rublos, el oficial, o poco más. He hablado con dos mujeres que declaraban alrededor de 200. Ambas me describieron así el coste normal de la vida: alquiler, de 10 a 15 rublos mensuales para unos 30 metros cuadrados (más cocina, corredores y servicios); alrededor de 8 rublos para luz, gas, teléfono; cerca de 180 rublos para comer tres personas. Por consiguiente, es preciso un segundo sueldo para llegar a fin de mes y comprarse ropa y zapatos (sandalias, 30 rublos; zapatos de invierno 7080 rublos). En este balance hay que incluir alimentarse en el mercado libre un par de veces al mes si faltan tomates o papas en el mercado del Estado.

Existe, sin embargo, un tercer mercado, administrativo, para quienes trabajan en complejos lo suficientemente grandes, donde los precios son los estatales, pero el abastecimiento es mayor; las mujeres de los científicos encuentran el esturión en la tienda de la Academia.

El ingreso medio está, en la mayor parte de los casos, acompañado de un segundo trabajo si no negro, gris: reparaciones o similares si es que se dispone del material adecuado. En el comercio son pocos los comunistas que no reciben propinas para facilitar que uno consiga esto o aquello en el abastecimiento: la mayor parte son digamos que muy dúctiles, avisan cuando llega algo y se forman colas en cualquier calle. Es frecuente que lleguen sin aviso previo zapatos, frigoríficos, material eléctrico o muebles, en cantidad inferior a las necesidades, y es importante arrebatarlos en el acto. Luego está el trabajo privado, que también es legal e ilegal. Los taxis públicos regatean el precio hasta al menos tres veces más; si no, no te llevan. Muchas veces piden, ante los hoteles y bajo la mirada de la policía, moneda convertible.

Comer afuera

Los nuevos restaurantes privados están atestados, sirven a la luz de las velas y con ruidosos violines. En uno, hemos pagado por un entremés frío y fruta, sin vino, 300 dólares por cabeza, el doble que en Roma. Las clases sociales y la vida cotidiana se componen de este tipo de niveles, entre legales e ilegales; el cuadro es variado pero compartimentado. Estadísticamente ilegible, como bien saben economistas y sociólogos. Así sucede que, a lo *kommunist*, se hable del mercado como de un instrumento de relativa transparencia y unificación. O que el incentivo origine salarios muy distintos, por *mérito*, pero que después baste con los circuitos cerrados de compra y, paradójicamente, con un estímulo a la igualación de criterios respecto de una perversión del sistema para que los parámetros se vuelvan, cuando menos, mensurables.

Mientras tanto, un ensayo de sistema fiscal fue retirado repentinamente. Y se habla de una diversificación de los alquileres y de las cooperativas de propiedad de la vivienda, hoy para todos a precio mínimo, desde la magnífica dacha hasta los restos de la cohabitación, que, al no ser *de propiedad*, nadie se ocupa de mantener en buen estado.

Estamos ante una doble o triple economía no calculable, donde la corrupción se ha convertido, no sólo entre los pequeños sino entre los grandes, en el método de gestión de los recursos, escasos, ante un país de fuerte diversificación del ingreso. La propuesta de Gorbachov conlleva una *glasnost*, bajo control popular a varios niveles, que hace saltar todas las actuales bisagras e induce a una conflictividad que pronto se verá surgir entre los grandes intereses perjudicados y el simple ciudadano.



Verano

En verano, la gente viste a la occidental. Las mujeres se arreglan ya sea con las faldas cortísimas o con vestidos vaporosos, el peinado despeinado está en boga. De vez en cuando, se ve a una muchacha que viste a la *mijalkov*, cabellos recogidos sobre un cuello de cisne y camisola velada decimonónica. Camisetas, *t-shirts*, polos, vaqueros por todas partes, preferiblemente con inscripciones occidentales. Por el contrario, "los extranjeros compran los que llevan escrito *perestroika*".

Toda esta gente marcha a buen paso, toma los transportes llenos pero bastante rápidos y que cuestan cinco kopecs, o se agolpa sobre bancos —muchos— bajo el copioso verde: "Especialmente las mujeres prefieren probablemente encontrarse afuera antes que en sus exiguas casas". Sus cabezas son juveniles y laicas o viejas y religiosas. Maquillaje y tintes son usados diestramente. Pero los cuerpos, resentidos por una alimentación inadecuada, demasiado rica en azúcares y carbohidratos, presentan un aspecto amazacotado.

Moscú posee una religiosidad multiforme, una religión laica de la memoria. En el cementerio de Novodevichi, donde están sepultadas personas medianamente ilustres, cada tumba luce el retrato, en fotografía, del fallecido. O si fueron funcionarios, en piedra y mayor que el tamaño natural. Por el contrario, no tiene la de Chéjov, una delicada cabaña con techo de palastro; he escuchado a un hombre de mediana edad que se detuvo ante ella decir: "Está aquí, está sepultado aquí, aquí está Anton Pavlovich", con una especie de gozo, un encuentro sincero. Todas las tumbas tienen flores o plantas.

Héroes y tumbas

Partido y cultura están juntos en torno de la muerte. La más hermosa tumba del partido es la que Nesvestny hizo para Kruschov. Está algo distante de las de los ministros, enormes y realistas, hasta con uno de pie que habla por teléfono, y también la sepultura de la familia Alliluyeva, sobre cuya última estela, alta y blanca, descansan la hermosísima cabeza y una mano de la compañera de Stalin, suicida. Dice un viejísimo guardián que Stalin, que no fue a los funerales, venía al cementerio cada mañana, muy deprisa, miraba en silencio, y en invierno se refugiaba en la garita del guardián, a pocos metros del muro de ladrillos rojos, a fumar y callar, mirándola siempre. Me parece en extremo improbable, pero el viejo se aferra a su historia.

Desaparecidos los daguerrotipos de los decembristas, pero cuidadas sus tumbas; envejecidas las fotografías de los miembros del Vekape, el primer partido comunista, muertos en los años veinte. Una hermosísima mujer está junto a ellos; a dos metros, un Molotov a la espera de estatua. La muerte confunde... Ahí está también, un poco más allá, Joffe.

No muy distante de Novodevichi hay otro lugar de la memoria: la casa de Bulgakov, cuya obra *El maestro y Margarita* es, más que un libro, una biblia. Para algunos es un texto esotérico, y estos adeptos rinden homenaje a Voland. Mientras el guía, quien, como nosotros, sabe el número de código donde leerlo, nos muestra la casa del escritor, puedo escurrirme por una escalera lateral en la que se basa aquel verso donde Bulgakov imagina la casa de Voland. Estas escaleras son un solo dibujo, negro, azul, verde oscuro, malva y rojos trazos violentos, un conjunto de escritos: páginas del libro, plegarias, invocaciones. Dios existe, Satanás existe, Voland regresa. Gatos negrísimos y furiosos, o huellas de gatos que trepan por las paredes, por los vidrios rotos de las ventanas, entre perfiles misteriosos, o el rostro de Poncio Pilatos o el dulce cuerpo de Margarita. Aunque de mañana la luz es escasa, se trata de un lugar de frecuentaciones secretas, de un templo de magia negra. Los inquilinos de la escalera le daban cada tanto un blanqueado; ahora ya no les está permitido.

¿Quiénes serán los adeptos del culto a Voland? Trato de imaginarlo por las calles, y cualquiera puede serlo. Es un gentío aparentemente tranquilo. E indiferenciado. Pero en eso se desprenden de improviso algunos que convergen hacia una manifestación *informal* como la llaman, y son jóvenes y jovencísimos, pero también hombres y mujeres de cualquier edad, que llegan solitarios y silenciosos, con libros bajo el brazo, mientras que los polizontes no saben exactamente cómo comportarse. Al estar prohibida, el sábado 2, la manifestación en la plaza de Pushkin, la policía la ha rodeado durante tres horas. Permanecía vacía mientras la manifestación se desarrollaba a 50 metros, sobre la gran avenida de acceso, entre fuentes y jardines, y un agente se limitaba a decir: "Ciudadanos, cuidado con los arriates, no pisen el césped, por favor".

En el antiguo palacete bajo, con jardines, donde habrían podido vivir Natacha Rostova o Kitty, está como siempre el *Kommunist*, revista teórica del PCUS, donde yo no seré admitida jamás, donde ahora ofrecen té y cerezas, y donde seguramente K.S. Karol y yo somos considerados un poco dogmáticos. La gentileza de los rusos, ya sea en el autobús o en la casa, es tan grande que jamás te lo dirán, y de todos modos, el estilo de hoy es el pluralismo, el hablar, como Gorbachov, con voz calma y baja, deliberadamente dubitativa. Las dudas son muchas porque el pasado está en el presente, imperecedero, y tal vez solamente los muy jóvenes no lo perciban.

Pero vaya a saberse qué es lo que piensan estos jovencitos, que son gentiles, ceden el paso o el asiento en el autobús, llevan camisetas extranjeras y tocan *rock*. De ellos hablamos nosotros, lo que significa un salto de silencio entre la generación joven y la anterior a los tiempos de Kruschov, que más o menos somos nosotros, y los jovencitos nos interrogan fríamente. La generación intermedia calla, como en Italia, en condiciones opuestas. En este extremo del mundo vamos en busca del nuevo Centro de Estudios Sociales, más bien sobre la opinión social, directo de la Zaslavskaia y por regla general dejado de lado. Por primera vez buscamos diseñar el mapa de este país, que, bajo la costra del brezhnevismo, se ha vuelto heterogéneo como pocos.

Pero hay una ciudad más secreta. Olga Alexandrovna Voronina, socióloga, entra velozmente en el hotel con su vestido blanco; es joven, investigadora en la Academia, madre de un niño, y su marido es también sociólogo. Ha hecho publicar trabajosamente en la revista de sociología un ensayo sobre *La mujer soviética en la sociedad masculina*. Título jamás desmentido.

Miseria sexual

Con una sonrisa cortés dice que no creyó en la guerra de los sexos antes de intentar la emancipación. Las mujeres en la URSS trabajan todas, están en posesión de sus bienes, consiguen el 20 por ciento de doctorados más que los hombres, pero son regularmente excluidas de un cierto rango de poder, incluso en la universidad. Su artículo no fue muy apreciado.

Olga sonríe: "Somos la sociedad más patriarcal que existe; el hombre está seguro de que somos inferiores, y ni siquiera el más afectuoso e inteligente te ayuda en casa". ¿Sexo? "No se habla jamás". ¿Educación sexual? "Se comunica cautamente, hablando". ¿Freud? "Las últimas traducciones son de 1925". ¿Aborto? "Se hace corrientemente". ¿Estupro? "No escasea, pero las penas son gravísimas: de 10 a 18 años de cárcel". Le digo que entre nosotros la mujer duda en denunciar el estupro, casi no comprende. "No, la muchacha soviética denuncia, el tribunal es severo, la sociedad está con ella". El problema está en cómo evitar que se produzca, como el incesto: no sabe nada.

Es Voronina la que habla de *miseria sexual* intrínseca en la sociedad; sobre este punto como sobre otros es ambigua hasta consigo misma. El sábado muchos hacen el juego de la corola en el cual muchas muchachas bailan en círculo y un hombre entra en el mismo, baila, escoge una y la posee delante de todos; luego otro y otro. "Cada una recibe 25 rublos". ¿Son prostitutas? No. Un informe recientemente publicado demanda protección para el hombre desamparado: las muchachas descubren cómo ganar en una hora, con los nuevos millonarios, más que en un mes de trabajo. Queda un misterio: ¿por qué es tan alto el número de graduadas que ejercen el más viejo oficio del mundo?

Olga Alexandrovna sabe muchas cosas que, como a todos los sociólogos, le cuesta hacer publicar. En la 19ª conferencia, Mijail Sergueivich ha dicho con mucha reiteración: "No sabemos nada de nuestra sociedad, es preciso implantar la investigación. Si son rosas, florecerán". Olga Alexandrovna sabe, además, que se necesita una feminización de las rosas para comprender el tema de la mujer en el país de las mujeres más emancipadas del mundo.



Verano

En verano, la gente viste a la occidental. Las mujeres se arreglan ya sea con las faldas cortísimas o con vestidos vaporosos, el peinado despeinado está en boga. De vez en cuando, se ve a una muchacha que viste a la *mijalkov*, cabellos recogidos sobre un cuello de cisne y camisola velada decimonónica. Camisetas, *t-shirts,* polos, vaqueros por todas partes, preferiblemente con inscripciones occidentales. Por el contrario, "los extranjeros compran los que llevan escrito *perestroika*".

Toda esta gente marcha a buen paso, toma los transportes llenos pero bastante rápidos y que cuestan cinco kopecs, o se agolpa sobre bancos —muchos— bajo el copioso verde: "Especialmente las mujeres prefieren probablemente encontrarse afuera antes que en sus exiguas casas". Sus cabezas son juveniles y laicas o viejas y religiosas. Maquillaje y tintes son usados diestramente. Pero los cuerpos, resentidos por una alimentación inadecuada, demasiado rica en azúcares y carbohidratos, presentan un aspecto amazacotado.

Moscú posee una religiosidad multiforme, una religión laica de la memoria. En el cementerio de Novodevichi, donde están sepultadas personas medianamente ilustres, cada tumba luce el retrato, en fotografía, del fallecido. O si fueron funcionarios, en piedra y mayor que el tamaño natural. Por el contrario, no tiene la de Chéjov, una delicada cabaña con techo de palastro; he escuchado a un hombre de mediana edad que se detuvo ante ella decir: "Está aquí, está sepultado aquí, aquí está Anton Pavlovich", con una especie de gozo, un encuentro sincero. Todas las tumbas tienen flores o plantas.

Héroes y tumbas

Partido y cultura están juntos en torno de la muerte. La más hermosa tumba del partido es la que Nesvestny hizo para Kruschov. Está algo distante de las de los ministros, enormes y realistas, hasta con uno de pie que habla por teléfono, y también la sepultura de la familia Alliluyeva, sobre cuya última estela, alta y blanca, descansan la hermosísima cabeza y una mano de la compañera de Stalin, suicida. Dice un viejísimo guardián que Stalin, que no fue a los funerales, venía al cementerio cada mañana, muy deprisa, miraba en silencio, y en invierno se refugiaba en la garita del guardián, a pocos metros del muro de ladrillos rojos, a fumar y callar, mirándola siempre. Me parece en extremo improbable, pero el viejo se aferra a su historia.

Desaparecidos los daguerrotipos de los decembristas, pero cuidadas sus tumbas; envejecidas las fotografías de los miembros del Vekape, el primer partido comunista, muertos en los años veinte. Una hermosísima mujer está junto a ellos; a dos metros, un Molotov a la espera de estatua. La muerte confunde... Ahí está también, un poco más allá, Joffe.

No muy distante de Novodevichi hay otro lugar de la memoria: la casa de Bulgakov, cuya obra *El maestro y Margarita* es, más que un libro, una biblia. Para algunos es un texto esotérico, y estos adeptos rinden homenaje a Voland. Mientras el guía, quien, como nosotros, sabe el número de código donde leerlo, nos muestra la casa del escritor, puedo escurrirme por una escalera lateral en la que se basa aquel verso donde Bulgakov imagina la casa de Voland. Estas escaleras son un solo dibujo, negro, azul, verde oscuro, malva y rojos trazos violentos, un conjunto de escritos: páginas del libro, plegarias, invocaciones. Dios existe, Satanás existe, Voland regresa. Gatos negrísimos y furiosos, o huellas de gatos que trepan por las paredes, por los vidrios rotos de las ventanas, entre perfiles misteriosos, o el rostro de Poncio Pilatos o el dulce cuerpo de Margarita. Aunque de mañana la luz es escasa, se trata de un lugar de frecuentaciones secretas, de un templo de magia negra. Los inquilinos de la escalera le daban cada tanto un blanqueado; ahora ya no les está permitido.

¿Quiénes serán los adeptos del culto a Voland? Trato de imaginarlo por las calles, y cualquiera puede serlo. Es un gentío aparentemente tranquilo. E indiferenciado. Pero en eso se desprenden de improviso algunos que convergen hacia una manifestación *informal* como la llaman, y son jóvenes y jovencísimos, pero también hombres y mujeres de cualquier edad, que llegan solitarios y silenciosos, con libros bajo el brazo, mientras que los polizontes no saben exactamente cómo comportarse. Al estar prohibida, el sábado 2, la manifestación en la plaza de Pushkin, la policía la ha rodeado durante tres horas. Permanecía vacía mientras la manifestación se desarrollaba a 50 metros, sobre la gran avenida de acceso, entre fuentes y jardines, y un agente se limitaba a decir: "Ciudadanos, cuidado con los arriates, no pisen el césped, por favor".

En el antiguo palacete bajo, con jardines, donde habrían podido vivir Natacha Rostova o Kitty, está como siempre el *Kommunist,* revista teórica del PCUS, donde yo no seré admitida jamás, donde ahora ofrecen té y cerezas, y donde seguramente K.S. Karol y yo somos considerados un poco dogmáticos. La gentileza de los rusos, ya sea en el autobús o en la casa, es tan grande que jamás te lo dirán, y de todos modos, el estilo de hoy es el pluralismo, él hablar, como Gorbachov, con voz calma y baja, deliberadamente dubitativa. Las dudas son muchas porque el pasado está en el presente, imperecedero, y tal vez solamente los muy jóvenes no lo perciban.

Pero vaya a saberse qué es lo que piensan estos jovencitos, que son gentiles, ceden el paso o el asiento en el autobús, llevan camisetas extranjeras y tocan *rock*. De ellos hablamos nosotros, lo que significa un salto de silencio entre la generación joven y la anterior a los tiempos de Kruschov, que más o menos somos nosotros, y los jovencitos nos interrogan fríamente. La generación intermedia calla, como en Italia, en condiciones opuestas. En este extremo del mundo vamos en busca del nuevo Centro de Estudios Sociales, más bien sobre la opinión social, directo de la Zaslavskaia y por regla general dejado de lado. Por primera vez buscamos diseñar el mapa de este país, que, bajo la costra del brezhnevismo, se ha vuelto heterogéneo como pocos.

Pero hay una ciudad más secreta. Olga Alexandrovna Voronina, socióloga, entra velozmente en el hotel con su vestido blanco; es joven, investigadora en la Academia, madre de un niño, y su marido es también sociólogo. Ha hecho publicar trabajosamente en la revista de sociología un ensayo sobre *La mujer soviética en la sociedad masculina.* Título jamás desmentido.

Miseria sexual

Con una sonrisa cortés dice que no creyó en la guerra de los sexos antes de intentar la emancipación. Las mujeres en la URSS trabajan todas, están en posesión de sus bienes, consiguen el 20 por ciento de doctorados más que los hombres, pero son regularmente excluidas de un cierto rango de poder, incluso en la universidad. Su artículo no fue muy apreciado.

Olga sonríe: "Somos la sociedad más patriarcal que existe; el hombre está seguro de que somos inferiores, y ni siquiera el más afectuoso e inteligente te ayuda en casa". ¿Sexo? "No se habla jamás". ¿Educación sexual? "Se comunica cautamente, hablando". ¿Freud? "Las últimas traducciones son de 1925". ¿Aborto? "Se hace corrientemente". ¿Estupro? "No escasea, pero las penas son gravísimas: de 10 a 18 años de cárcel". Le digo que entre nosotros la mujer duda en denunciar el estupro, casi no comprende. "No, la muchacha soviética denuncia, el tribunal es severo, la sociedad está con ella". El problema está en cómo evitar que se produzca, como el incesto: no sabe nada.

Es Voronina la que habla de *miseria sexual* intrínseca en la sociedad; sobre este punto como sobre otros es ambigua hasta consigo misma. El sábado muchos hacen el juego de la corola en el cual muchas muchachas bailan en círculo y un hombre entra en el mismo, baila, escoge una y la posee delante de todos; luego otro y otro. "Cada una recibe 25 rublos". ¿Son prostitutas? No. Un informe recientemente publicado demanda protección para el hombre desamparado: las muchachas descubren cómo ganar en una hora, con los nuevos millonarios, más que en un mes de trabajo. Queda un misterio: ¿por qué es tan alto el número de graduadas que ejercen el más viejo oficio del mundo?

Olga Alexandrovna sabe muchas cosas que, como a todos los sociólogos, le cuesta hacer publicar. En la 19ª conferencia, Mijail Sergueivich ha dicho con mucha reiteración: "No sabemos nada de nuestra sociedad, es preciso implantar la investigación. Si son rosas, florecerán". Olga Alexandrovna sabe, además, que se necesita una feminización de las rosas para comprender el tema de la mujer en el país de las mujeres más emancipadas del mundo.

MOSCU NO CREE EN LAGRIMAS



Las luces anunciaron el comienzo del desfile. Las modelos, con una disciplina aprendida, ocuparon sus puestos y esperaron que él les diera el visto bueno. Todo estaba en orden. Los colores brillantes recorrerían la pasarela con desenfado. Las texturas escandalosas se abrirían paso sin pedir permiso. Los jeans seducirían definitivamente aun a las mujeres regordetas. Entonces Slaca Zaitsev sintió que, tras veinticinco años de trabajo anónimo, hacía una entrada triunfal en el mundo de la alta costura. Su última colección en poco tiempo se presentaría en Nueva York. Ahora, cuatro mil compatriotas suyos aguardaban el show que por sexta vez ofrecería a sala llena en Leningrado.

Conocido como *la estrella roja de la moda,* el diseñador soviético que acompaña sus desfiles con videoclips, que luego se difunden por televisión, no cobra más de 260 rublos por mes y se apresura a aclarar que no trabaja exclusivamente para la elite: "Todo el mundo puede comprar mis modelos —explica—; están en venta libre en *Dom Modi,* mi boutique". "Por el momento —acepta— sólo tengo una clientela de ricos elegantes, pero los jóvenes ya empiezan a acercarse."

Si bien no todos los presupuestos soportan el gasto de 230 rublos por un abrigo de confección y casi 500 por un vestido a medida, Slaca Zaitsev se ha convertido en un signo de la apertura que parece graficarse en la peatonal Arbat, dos kilómetros de adoquines rosados, faroles antiguos y edificios con las fachadas recientemente restauradas. Terminada hace poco más de un año, la Arbat ha sido invadida por la bohemia dispuesta a disfrutar de los beneficios de la perestroika. Las barbas de los pintores abandonaron sus ateliers para bosquejar los retratos de los transeúntes. Un grupo de hippies anacrónicos vende sus artesanías junto a las voces enronquecidas de los cantantes jóvenes que rinden homenaje a Vyssotsky, el poeta largamente silenciado, hoy fetiche de las nuevas generaciones. Los vendedores ambulantes que se reprodujeron como hongos, tras la legalización de la pequeña empresa individual, ofrecen helados, salchichas y hamburguesas. Sus palabras se confunden con las de los actores que adoptan la peatonal como escenario.


FOCUS

En las terrazas de los cafés, bajo las enormes sombrillas rojas y anaranjadas, se sirve desde la occidental *Pepsi* hasta tarteletas de caviar. Pero, como siempre en Moscú, habrá que esperar con una paciencia digna de mejor causa hasta ser atendido. Sin embargo, los soviéticos están dispuestos a reírse de ese defecto nacional. Entre la fauna de la Arbat corre el chiste de boca en boca:

Un hombre con una billetera bien nutrida se presenta en la oficina de venta de autos.

—Quisiera comprar el último modelo de la *Samara.*

—Son 8000 rublos.

—Aquí tiene —dice el cliente y paga al contado— ¿Cuándo puedo venir a buscarlo?

—Exactamente dentro de diez años a partir de hoy —responde el vendedor.

—¿A la mañana o a la tarde?

—¿Qué importancia tiene eso?

—Es que exactamente dentro de diez años a partir de hoy tengo que esperar al plomero que pasará por la mañana.

Si Brezhnev abandonara por un rato su mausoleo y se paseara un domingo por el Moscú de la perestroika ya no reconocería el parque Gorki, un territorio definitivamente conquistado por los jóvenes que se sacuden al ritmo del *break-dance* o se deslizan, indiferentes, en *skateboard.* Cientos de motoristas lo sorprenderían a la una de la tarde en el estadio de Luiki listos para partir en sus *Ceset* o sus *Jawa* checoslovacas de 350 cc. Más de 70.000 grupos de rock le confirmarían que crecieron lo suficiente como para subdividirse: *Aquarium* y *Black Coffee* han sido oficialmente reconocidos como profesionales por la *Philarmona,* el organismo estatal que administra también la música clásica. Otros 30.000 fueron etiquetados como *amateurs. The Clear Love Band* y *Los Zvuki Mu* se asumen como marginales. Los demás pelean por su espacio y se quejan a viva voz: "Nuestras canciones son juzgadas por burócratas que no entienden nada del tema".

Los afiches de *Paris Texas* de Wim Wenders, *Amarcord* de Fellini y *El discreto encanto de la burguesía* serían capaces de hacerle jurar a Brezhnev que Moscú no es la misma. Desde mayo de 1986 las pantallas exhiben películas que habían sido prohibidas durante años: *El arrepentimiento,* de Abuladze, *La robinsonade,* de Nana Dzhordzhadze o aun los films de Andrei Tarkovski.

Los escritores empeñados en criticar la revolución ya no tienen que exiliarse. Anatoly Rybakov, al cabo de veinte años de purgatorio, acaba de publicar *Los niños de Arbat,* convertido en best-seller. En la novela autobiográfica el autor denuncia con nombre y apellido a los reponsables de los excesos del stalinismo y, de la noche a la mañana, se transformó en escritor estrella. En Peredelniko, la villa de los escritores, a treinta minutos de Moscú, Rybakov recibe cantidades de cartas y el teléfono no deja de sonar. El gobierno puso a su disposición un departamento en Moscú. Tatiana, su mujer, sale de compras a los negocios más caros de la zona, tiene un automóvil para su uso exclusivo y pasa sus vacaciones en el Mar Negro.

En su apertura al mundo, los soviéticos no se creen a salvo de los males que azotan al resto de la humanidad. Como prevención, a fines octubre, cada ciudadano moscovita recibió en su domicilio una cartilla médica: *Lo que hay que saber sobre el SIDA.* La tirada de diez millones de ejemplares fue distribuida gratuitamente tras un acuerdo con las oficinas de correo. Una prensa dispuesta a denunciar la corrupción, el abuso de poder y la falsificación causaría tanto asombro a Brezhnev como las cartas de lectores en las que, con referencia a la perestroika se dicen cosas tales como: "A veces tengo miedo al que estos últimos años no sean más que un sueño"; "no quisiera que esto se terminara". En la misma sección de los periódicos los ciudadanos se quejan de las dificultades para acceder a algunas comodidades como el videocassette: "Somos un grupo de obreros altamente calificados —explican. Tenemos dinero y de buena gana gastaríamos 3000 rublos en un Akai o un Panasonic japonés. Sería mucho mejor proceder así que esperar diez años hasta que nuestro Elektronic, que no cuesta más de 1500 rublos, salga de los talleres de Voronej".

Los correos del corazón aún no son moneda corriente en la prensa soviética. Sin embargo, las publicaciones que se arriesgan están tapadas de demandas: "Rubia fascinante de 41 años, 1,57 de estatura, médica, con virtudes y defectos, espera encontrar hombre honesto y serio dispuesto a afrontar obligaciones conyugales. Vivo en una pequeña villa donde están reunidas todas las condiciones para vivir juntos. Aventureros abstenerse (Chiffre 226082, Riga, B.P. 55)". Tales los términos en que formulan sus propuestas las más osadas.

Atónito por los resultados de la *glasnost* en la sociedad moscovita, probablemente Brezhnev decidiría volver a su mausoleo sin comprender demasiado. Sin embargo, de permanecer unas horas más en Moscú, el antiguo morador del Kremlin podría enterarse del recuerdo que guardan de él sus compatriotas, quienes lo sintetizan en un chiste. Se cuenta que Brezhnev tenía fama de mujeriego. Un día recibió a Claudia Cardinale.

—Haría cualquier cosa por pasar un momento contigo —le dijo a la actriz.

—Y bueno, podrías abrir las fronteras —respondió ella.

Brezhnev sonrió y agregó:

—Pilla, tu quieres realmente quedarte a solas conmigo, ¿verdad?

